



**MENSAJE DEL SUPERIOR GENERAL
RESPECTO AL SÍNODO DE LOS OBISPOS
SOBRE LOS JÓVENES, LA FE Y EL DISCERNIMIENTO VOCACIONAL
“UNA IGLESIA A LA ESCUCHA Y EN CAMINO CON LOS JÓVENES”**

Queridos hermanos:

El domingo 28 de octubre de 2018, con la solemne celebración eucarística presidida por el papa Francisco, concluyó la XV Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos, que tuvo como tema “Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”. Me parece que cualquier esfuerzo de síntesis del Documento final, fácilmente accesible en la versión digital, será siempre parcial debido a los múltiples contenidos y particularidades que el tema entraña. En su integralidad, es la referencia principal en la que cada cual podrá encontrar, de forma completa, los contenidos sobre los que el Sínodo reflexionó y las propuestas presentadas a toda la comunidad eclesial respecto al mundo juvenil y a varias realidades conectadas con él. Mi objetivo en este comunicado es únicamente subrayar algunos aspectos, que considero importantes tras la clausura de este acontecimiento eclesial en el que he tenido la gracia de participar.

En el Sínodo estaban presentes 350 personas, entre obispos, sacerdotes, religiosos, laicos y expertos, hombres y mujeres de los cinco continentes provenientes de los más diversos contextos culturales, sociales y eclesiales y con diferentes sensibilidades respecto al mundo juvenil. Todo se desarrolló en un clima de apertura, deseado y querido por el papa Francisco, presidente del Sínodo. Se respiró, pues, desde el comienzo un aire de libertad de expresión, respeto, cordialidad y gozo incluso ante la diversidad de opiniones e ideas que fueron manifestándose. La presencia del Santo Padre, especialmente en los trabajos en el aula, y su forma sencilla de relacionarse con todos –también con quienes en los tiempos libres se le acercaban– ayudó mucho a crear un clima distendido.

Fueron iluminadoras las palabras del papa Francisco en la homilía de la Misa de apertura, el 3 de octubre, con las que invitó a los participantes (pero también a toda la Iglesia) a pedir la ayuda del Espíritu para reavivar el ardor y la pasión evangélica, que dieron lugar a su vez al ardor y pasión por Jesús y que despertaron y renovaron la capacidad de soñar y esperar, dos actitudes estrechamente concernientes al mundo juvenil.

En la misma homilía, el Papa exhortó a los participantes a afrontar con esperanza los trabajos que el Sínodo iba a tratar sobre el mundo juvenil: *«Unidos en la esperanza comenzamos un nuevo encuentro eclesial capaz de ampliar horizontes, dilatar el corazón y transformar las estructuras que hoy nos paralizan, nos separan y nos alejan de los jóvenes, dejándoles expuestos a las intemperies y huérfanos de una comunidad de fe que les sostenga, de un horizonte de sentido y de vida (cfr. EG, 49). La esperanza nos interpela, nos remueve y rompe el conformismo del “siempre se ha hecho así”, y nos pide levantarnos para mirar directamente el*

rostro de los jóvenes y las situaciones en que se encuentran. La misma esperanza nos pide trabajar para dar un vuelco a las situaciones de precariedad, de exclusión y de violencia a las que están expuestos nuestros muchachos».

¿Pero de qué “jóvenes” se ha hablado? El Sínodo era consciente de que *«todos los jóvenes, sin exclusión, están en el corazón de Dios y por tanto también en el de la Iglesia»*. Así pues, todos los jóvenes: los que ya pertenecen a las comunidades de fe, o sea a las parroquias y a las comunidades eclesiales y, en este ámbito, también quienes se sienten llamados a la vida religiosa y sacerdotal; pero igualmente, y con especial atención, los que, independientemente de su fe, buscan un sentido a su vida, los jóvenes emigrados, los que no tienen trabajo, los afectados por minusvalías o por enfermedades. Jóvenes víctimas de la violencia, de abusos o de diversas formas de dependencia. En fin, cuantos se sienten víctimas de lo que el Papa llama “la cultura del descarte”.

La presencia de 34 jóvenes en el Sínodo, no como simples oyentes sino también con sus intervenciones en las sesiones plenarias y en los trabajos de los grupos lingüísticos, constituyó un fuerte requerimiento a escucharles y dar “respuestas concretas” a sus peticiones y a las diversas situaciones en las que viven. Para el Sínodo ha sido claro que la Iglesia debe afrontar las diversas realidades juveniles y, tras las huellas de Jesús, dar respuestas, ayudando a los jóvenes a “discernir” sus opciones, principalmente las fundamentales que deciden su futuro.

Además de los aspectos tocantes directamente al mundo juvenil y a su relación con la Iglesia, la metodología usada en el Sínodo (considerando también toda su fase de preparación) nos hizo ver que es posible “caminar juntos”. Como afirma el Documento final: *«La experiencia vivida ha concientizado a los participantes en el Sínodo de la importancia de una forma sinodal de la Iglesia para el anuncio y la transmisión de la fe. La participación de los jóvenes contribuyó a “despertar” la sinodalidad, que es una “dimensión constitutiva de la Iglesia»*.

En esta perspectiva, se habló de sinodalidad para la misión, o más exactamente de “sinodalidad misionera”, término que se debe profundizar como propuesta de camino también para nuestros Capítulos y Asambleas, así como para cualquier otra forma de foro comunitario al tomar decisiones fundamentales para nuestra vida y misión. En este clima de sinodalidad tuve un espacio de tiempo para una intervención en el aula, tratando de hacer reflexionar sobre un tema central a la luz de nuestro carisma, más concretamente sobre la presencia de los jóvenes en ámbito digital, cuyo contenido ya ha sido publicado.

El Sínodo, en cuanto acontecimiento, ya terminó. Ahora empieza para toda la Iglesia, y obviamente para nosotros Paulinos y para toda la Familia Paulina (porque no podemos considerarnos como un satélite que gira alrededor de sí mismo...), la fase de profundización y de actuación de las propuestas presentes en el Documento final. A la luz de cuanto se debatió, también nosotros debemos hacernos algunas preguntas, y entre ellas os propongo las siguientes: ¿Hasta qué punto hoy nosotros los Paulinos nos abrimos de veras al mundo juvenil? ¿Hasta dónde entrevemos esta realidad a la luz de los signos de los tiempos? ¿Qué cualidad tienen nuestros contactos con los jóvenes? ¿Somos sensibles a las diversas situaciones en que se encuentran? ¿Qué hacemos en concreto por ellos en nuestro apostolado en el ámbito editorial, por ejemplo con nuestras publicaciones impresas y en el ambiente digital?

Podemos plantear también otras preguntas respecto específicamente al ámbito vocacional de nuestra misión: ¿Qué valor damos a la pastoral vocacional? ¿Cómo presentamos a los jóvenes la propuesta de nuestro carisma y cómo formamos a los jóvenes que están ya en nuestras casas de formación? ¿Les escuchamos? ¿Qué nivel tiene nuestro testimonio ante ellos?

El Año Vocacional, que celebraremos como Familia Paulina del 25 de enero 2019 al 25 de enero 2020 será sin duda una buena oportunidad para profundizar nuestra vocación y para sensibilizarnos respecto a la pastoral vocacional, que es una de nuestras prioridades. También la realización, en noviembre del próximo año, del 2º *Seminario Internacional sobre la Formación para la Misión* será un tiempo propicio para poner en práctica tantas buenas ideas que nos ha ofrecido este Sínodo. Por ahora, pido a todos los Superiores de Circunscripción que, con sus Consejos, impulsen la animación mediante la lectura y la reflexión del Documento final del Sínodo, coimplicando también en este trabajo a los Coordinadores generales de la Formación y sus respectivos Consejos.

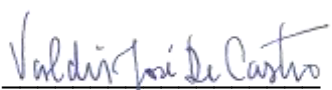
En este Sínodo se ha reafirmado que estamos llamados, como Iglesia, no sólo a ofrecer “contenidos” a los jóvenes, sino sobre todo a ayudarles a encontrar a Jesús, para que ellos mismos sean protagonistas de la evangelización. No hay que maravillarse, pues, de que las tres partes del Documento final estén iluminadas por el paradigmático paso del Evangelio de Lucas sobre los discípulos de Emaús.

Abramos a los jóvenes las puertas del corazón y de las comunidades, no sólo para darles orientaciones, sino también para escucharles y acoger sus sugerencias, a fin de poder rejuvenecer a la Iglesia. Respecto a nuestra Congregación y a la Familia Paulina, el deseo y la esperanza es que podamos de veras ayudarles a descubrir a Jesús, que para nosotros es el Maestro, Camino, Verdad y Vida, y a ser protagonistas en la evangelización, según el espíritu del apóstol Pablo, en la cultura de la comunicación.

Termino este mensaje recordando la insistencia del Sínodo en cuanto a la dimensión del testimonio personal y comunitario, condición imprescindible para atraer a los jóvenes. La parte conclusiva del Documento final habla justamente de la santidad como estilo de vida, como forma concreta de dar testimonio sobre Jesús: *«Debemos ser santos para poder invitar a los jóvenes a serlo. Los jóvenes han pedido a gran voz una Iglesia auténtica, luminosa, transparente, gozosa: sólo una Iglesia de santos puede estar a la altura de tales exigencias. Muchos de ellos la han abandonado porque no han encontrado en ella santidad, sino mediocridad, presunción, división y corrupción»*. Ojalá podamos dar testimonio de una Iglesia –y de una Congregación y de la misma Familia Paulina– cada vez más iluminada por el Evangelio.

Fraternamente.

Roma, 1 de noviembre de 2018
Solemnidad de Todos los Santos


P. Valdir José De Castro
Superior general